

¿Ezto pica? (Respondiendo preguntas inoportunas)

Antonio Melic¹

¹ Avda. Radio Juventud, 6; 50012 ZARAGOZA

Una agradable tarde de mediados de otoño salí a pasear por las afueras de Zaragoza con mis dos hijos pequeños: Alex de 9 años y Denis de 3. El punto de destino era conocido: unos campos pedregosos con escasa vegetación y una acequia regante de algunas plantaciones de alfalfa. Nada extraordinario, desde luego, pero un lugar en el que los críos pueden corretear sin peligro mientras yo me entretengo con algún aspecto banal -y siempre interesante- relacionado con la Entomología. Por supuesto, llevaba en el bolsillo un par de botes con alcohol y unas pinzas. Nunca se sabe donde 'salta la liebre' y, sinceramente, soy incapaz de pasar delante de una piedra sin mirar qué hay debajo incluso en mi propio jardín (lo que comienza a preocupar a mis familiares y sicoanalista).

El breve paseo, como siempre, se hizo bastante largo. Denis está en esa época en la que los críos sienten curiosidad por todo y creen -ilusos ellos- que sus padres pueden responder cualquier pregunta. El camino, pues, requirió numerosas paradas para explicarle qué era una antena de tv, las sutiles diferencias entre una cueva y una alcantarilla o quién pone las piedras en el suelo y para qué sirven, entre muchas otras cosas. Por fin, cuando llegamos a una zona de canalización de la acequia (en ese momento sin agua), los críos decidieron darme un momento de respiro y hacer algunas averiguaciones por su cuenta como comprobar si el barro era comestible y qué ocurre si se introduce en los calcetines. Ante lo inevitable (se iban a poner perdidos), aproveché para sentarme en una tajadera de la canalización y disfrutar de algunos momentos de paz. Apenas acomodado, noté una motita negra corretear por el barro seco. Era una arañita linfíida de un par de milímetros que capturé inmediatamente pegándola a la yema de mi dedo previamente ensalivada. Enseguida, aparecieron dos ejemplares más pertenecientes a otras especies. Así que mientras mis hijos se dedicaban a tirarse terrones de barro húmedo, hice una revisión completa de la zona. Animado por las capturas, salí de la acequia y comencé a mover algunas piedras. La Entomología es como la pesca: tiene aspectos muy técnicos y terriblemente complicados desde el punto de vista científico pero también un no desdeñable componente de aleatoriedad o, más vulgarmente, suerte. Era uno de esos días propicios y me decidí a aprovecharlo. Bajo las piedras circundantes fueron apareciendo, en una cantidad y variedad sorprendente para una zona que conocía tan bien, un número muy alto de especies. Mientras, los críos terminaron por cansarse del barro y debieron considerar que algo

importante estaba pasando cuando llevaba tanto tiempo sin regañarles, así que se acercaron para ver qué hacía. Viendo mi entusiasmo, inmediatamente llegaron a la conclusión de que levantar piedras debía ser una actividad tremendamente divertida, así que no tardaron en imitarme. Comprendiendo que no me harían ningún caso si les prohibía realizar esta actividad, procedí a advertirles que debían volver a colocar las piedras en su lugar una vez decubierto qué secretos guardaban y, por supuesto, que tuvieran cuidado. A partir de ese momento, las cosas comenzaron a complicarse. Alex, apenas volteada una piedra, reclamaba con gestos rotundos y gritos mi presencia convencido de haber encontrado algo que se movía entre el musgo; Denis intentaba, sin éxito, convencerme de que las cochinillas de la humedad eran arañas y pretendía que las metiera en el bote de alcohol. Ante mi negativa, optaba por metérselas en el bolsillo. Así estuvimos un rato, sin que, entre unas cosas u otras, pudiera encontrar nada, hasta que tras levantar una piedra apareció una araña de color negro azabache y con un tamaño respetable. Avidamente, la capturé para identificar una hembra de *Steatoda paykulliana*, una araña con cierta fama de peligrosa. Mi instinto de 'protección de la prole' me hizo llamar inmediatamente a los chicos para enseñarles el ejemplar y explicarles la situación. ¿Veis? Esta araña es venenosa, así que se acabó el levantar piedras ¿habéis oído? Los críos, que lo estaban pasando francamente bien, me pusieron la cara que suelen poner cuando esperan impacientes que termine de prohibirles algo para ir corriendo a hacerlo. Así que tuve que extenderme en mis explicaciones y ratificar con renovadas energías la prohibición. Es materialmente imposible controlar a dos chavales hiperactivos al tiempo que se intenta capturar arácnidos. Con Alex tenía claro que obedecería (aunque a regañadientes), pero con Denis... tenía claro que no. No quedó otro remedio que emprender el regreso. Chicos, nos vamos -anuncié y, entre protestas, reproches y alguna lágrima de cocodrillo del pequeño, volvimos sobre nuestros pasos. Denis decidió vengarse: ¿papá que hace aquí este palo? ¿papá donde va esa nube? ¿papá...? A todo esto no es que Alex estuviera conforme: su cara decía claramente lo contrario y, con seguridad, su mente buscaba alguna forma sutil de chincharme como venganza por mi actitud. Y la encontró enseguida: ¡Papá, mira que piedra! dijo señalando un pedrusco casi plano semienterrado en la grava con una telaraña lateral a ras de suelo con forma de embudo. ¿Vas a

levantarla? Por supuesto, lo que quería decir mientras un brillo de astucia y satisfacción recorría sus ojos, era: 'Papá, debajo debe haber una gran araña ¿vas a levantar la piedra a pesar de lo que nos has dicho, con tanta energía, hace unos minutos?'. Denis, mientras tanto -e ignora si era algo casual o lo estaba haciendo con toda malicia- me miraba con una sonrisa en el rostro. ¿Me estaban tomando el pelo mis hijos? En fin, estoy convencido que así era, pero éste no es el tema de la nota. Por si acaso, decidí contraatacar. Muy serio, me acerqué a la piedra en cuestión y, alrededor de ella, les expliqué que la prohibición general de levantar piedras que tan contundentemente había expresado unos metros más allá, se debía al riesgo de que aparecieran otros ejemplares de *Steatoda paykulliana*, araña de la familia Theridiidae, dotada con un veneno muy potente, que se caracteriza por la construcción de telas irregulares, con formas muy variadas pero sin un dibujo o esquema propio. Sin embargo, la tela que se divisa en esta piedra -¿veis hijos míos?- tiene forma de embudo, lo cual quiere decir que no pertenece a *Steatoda*, si no, posiblemente a un miembro de esa otra simpática familia de arácnidos no peligrosos llamados agelénidos. Por todas estas razones, ésta piedra en cuestión sí podemos levantarla sin riesgo, aunque como un caso absolutamente excepcional que en nada modifica mi mandato expreso y general de no tocar ninguna piedra. ¿Supongo que estaréis de acuerdo, no? Alex refunfuñó un débil sí visto que le había ganado la partida, mientras Denis -que había comprendido vagamente la idea de que la dichosa piedra podía ser levantada- ya la había volteado antes de darme tiempo a prepararme. Inmediatamente, una gran araña comenzó a corretear enloquecida entre las ramas cercanas. Costó algún esfuerzo capturarla ya que con gran agilidad -debida seguramente al susto- se había metido en una mata de pinchos, aunque al final pude hacerme con ella. Era un ejemplar de *Agelena gracilens* y mientras la contemplaba e intentaba asegurarme de la identificación, Denis, a mi espalda, gritaba algo parecido a ¿Papá, titan?, aunque en ese momento no le prestaba gran atención. Por fin la frase llegó con claridad a mi cerebro ¿titan? ¡PICANI!. ¡El crío estaba intentando coger algún otro bicho! De un salto, recorrí los dos metros que me separaban de él para descubrirle incordiando con un palito que utilizaba como si fueran pinzas a un ejemplar de unos doce centímetros de *Scolopendra cingulata*, el mayor de nuestros venenosos ciempiés. Cogí al crío casi en volandas para separarle del miriápodo que, gracias a Dios, sólo se preocupaba de esconderse a pesar de su ferocidad. Pasado el susto -y decidido totalmente a salir corriendo de esa zona antes de tener un disgusto- decidí aprovechar la ocasión para que vieran detenidamente al magnífico (y fiero) animal y supieran reconocerlo en el futuro. Aproveché también para hacerles un poco de historia familiar y explicar a Alex cómo su padre, cuando tenía aproximadamente su edad, sufrió la picadura de una escolopendra gracias a la increíble estupidez de 'criar' a dos docenas de animales mezclados en una caja de zapatos que guardaba debajo de la cama de su habitación, a escondidas de sus abuelos. Entre esos animales, además de una escolopendra, se contaba un sapo, una

avispa, varios escarabajos y algunos otros que ahora no recuerdo, pero que también se escaparon.

Tras colocar la piedra en su sitio con mucho cuidado, emprendimos el camino de regreso. Denis, pasado el susto (el que le dí yo, no el del ciempiés) volvió a sus preguntas de rigor. Y Alex comenzó con las suyas.

-Papá ¿Hay muchos animales venenosos?

-Bastantes. Por ejemplo, casi todas las arañas son venenosas y los quilópodos, es decir, las escolopendras, también. Son depredadores y necesitan el veneno para cazar a sus presas. Pero eso no quiere decir que todos sean peligrosos. Sólo unos pocos pueden picarnos con consecuencias más o menos graves.

-El escorpión que me enseñaste también es peligroso ¿verdad? (Se refería a un ejemplar de *Buthus occitanus* capturado en los límites de una urbanización periférica a la que llegamos en otro de nuestros paseos)

-Sí, su picadura es muy dolorosa e, incluso, peligrosa para el ser humano. Además, son relativamente abundantes.

-Papá -intervino Denis- ¿ezto pica? -y me enseñó un puñado de cochinillas de la humedad que se había sacado del bolsillo. Tras convencerle para que las dejara en el suelo, y despedirse de cada una de ellas, continuamos.

-Jo, pues hay muchos animales peligrosos cerca de dónde vivimos ¿no?-continuó Alex.

-Pssí...-respondí vagamente.

-¿Y por qué?

* * *

[Abro aquí un pequeño paréntesis. El que tuve que abrir antes de contestarle, el que necesité para pensar una respuesta que fuera correcta. ¿Por qué los escasos artrópodos auténticamente peligrosos para el hombre viven tan cerca del hombre? ¿Lo hacen adrede, para picarnos? No, por supuesto. Esto podría tener sentido si nos entendieran como presas comestibles, pero no parece ser éste el caso. Entonces ¿por qué los artrópodos cuyo veneno tiene consecuencias graves en el ser humano son, precisamente, los vecinos más cercanos? La primera respuesta podría ser que la potencia de su veneno es una adaptación para protegerse de nosotros, pero el cronómetro de la historia natural es mucho más lento. No es, pues, una respuesta convincente. No somos ni sus presas, ni sus depredadores en un sentido evolutivo. A pesar de todo, el asunto, como todo lo relacionado con la Naturaleza, tiene que tener una lógica interna, una explicación razonable.

Veamos, en primer lugar ¿qué se entiende por peligroso? En principio, podríamos convenir que serían todas aquellas especies cuya picadura es capaz de producir graves trastornos al ser humano a través del veneno inoculado (obviando así el problema de la transmisión de enfermedades vía agentes patógenos). Aún así, la definición es demasiado vaga. La picadura de la misma especie puede provocar la muerte en una determinada persona y apenas unos trastornos pasajeros en otra dependiendo tanto del estado previo de salud de la víctima y de su complejidad o naturaleza

(los ancianos y niños son, lógicamente, mucho más sensibles) como de la propia cantidad de veneno inoculado y el tamaño del atacante.

Los propios autores no se ponen de acuerdo. La licosas -no voy a repetir la anécdota que todo el mundo sabe- fueron consideradas muy venenosas antiguamente mientras que hoy se consideran apenas más peligrosas que una abeja. *Dolomedes fimbriatus* -un pisaúrido- tenía la misma fama, pero fue desmentida. Las grandes escolopendras mediterráneas provocan un poco más de respeto pero algunos autores las consideran poco peligrosas. Incluso algunos ejemplares gigantes sudamericanos han seguido el mismo camino. El propio escorpión amarillo tiene sus defensores y sus enemigos. Según qué obra se consulte -incluso entre las modernas- pasa de ser muy peligroso a inofensivo, aunque de picadura dolorosa. *Steatoda paykulliana* -araña, por otra parte, doméstica en muchos lugares-, emparentada con el género *Latrodectus*, al cual pertenece la famosa viuda negra, fue considerada como todas las domiciliarias bajo la rúbrica de 'prácticamente inofensiva', pero hace unos pocos años, experimentos realizados con cerdos de Guinea demostraron que la toxicidad de su veneno es similar al de su peligroso pariente. *Latrodectus tredecingutatus*, por fin, especie que durante muchos años ha sido considerada una subespecie de *L. mactans*, la auténtica viuda negra americana, es la más peligrosa, pero no ha faltado quien hablara de 'exageración' y de que su picadura sólo resultaba mortal en aquellos casos en los que la víctima tuviera problemas previos de tipo neurológico o respiratorios. En resumidas cuentas, dado que cada autor narra su experiencia, tiende a "reducirse" la peligrosidad de los venenos de las especies estudiadas, aunque ello conlleva una cierta trampa intelectual, pues sólo pueden narrar sus experimentos los que sobreviven. Bromas(?) aparte, todo parece indicar que no existen en España artrópodos mortíferos, si bien algunas especies pueden provocar graves consecuencias y unas pocas -aunque parezca un contrasentido- pueden matar en ciertas circunstancias. ¿Cuáles son esas especies de artrópodos?

Arachnida: De los cuatro escorpiones presentes en España, sólo uno, *Buthus occitanus*, el llamado escorpión amarillo es peligroso. En cuanto a las arañas (Araneae), dos especies son preocupantes: *Steatoda paykulliana* y, por supuesto, *Latrodectus tredecingutatus*, la mal llamada viuda negra.

En cuanto a Miriapoda, sólo las dos especies mediterráneas de escolopendras (*Scolopendra cingulata* y *S. canidens*) son auténticamente peligrosas, aunque a un nivel muy inferior al de los arácnidos citados.

El resto de artrópodos terrestres presentes en nuestro territorio o no son venenosos o, siéndolo, su veneno carece de la suficiente potencia para poner en peligro, en condiciones normales, la vida del ser humano (aunque dolores, reacciones, hinchazones y molestias puedan estar presentes).

Consideremos, pues, como peligrosas a las especies indicadas. Veamos ahora dónde viven, qué tipos de hábitats prefieren. A primera vista, todos

ellos son amantes de zonas áridas, desérticas o semidesérticas, con temperatura relativamente alta y, en general, lapidícolas. *B. occitanus* está extendido por toda la península, incluso en zonas montañosas resguardadas y con escasas citas en el norte peninsular. Es mucho más común hacia el Sur, pero siempre en zonas soleadas de gran aridez. *L. tredecingutatus* es similar en sus preferencias y lo mismo ocurre con *S. paykulliana*, la cual, como se ha dicho no es infrecuente en los domicilios de las zonas más frías. Considérese que ello es señal de sus preferencias térmicas y de su capacidad para resistir la principal barrera que tienen que vencer las especies domiciliarias: la sequedad del medio antropófilo. Respecto a las escolopendras se extienden por toda la zona mediterránea y viven bajo piedras en zonas con escasa vegetación. En resumen, se trata de cinco especies con preferencias similares.

Veamos ahora otro aspecto del asunto: la potencia de su veneno. Es bien sabido que las especies desérticas tienden a disponer de venenos mucho más potentes que sus parientes habitantes de otros ambientes menos 'duros'. Por supuesto, no faltan especies tremendamente venenosas naturales de ambientes húmedos u otras inofensivas propias de zonas secas. Sin embargo, los desiertos (entendidos en sentido amplio) cobijan una larga lista de especies potencialmente venenosas muy superior, en proporción, a la natural de otros ecosistemas. Y resulta lógico, a poco que se piense que los procesos evolutivos tienen algo que decir al respecto. Si consideramos que un ambiente tan inhóspito como un desierto, apenas dispone de escondrijos o lugares que permitan la caza al acecho y que esto es así desde hace millones de años, es lógico pensar que del mismo modo que las especies que lo habitan han desarrollado mecanismos de tipo morfológico para protegerse de la temperatura y evaporación, también habrán desarrollado otros para facilitar la caza a los depredadores. Por decirlo de alguna forma, en el desierto los errores o intentonas fallidas se pagan más caro que en otros ambientes. La caza debe ser certera, pues las oportunidades (y no olvidemos que el número de especies y ejemplares tiende a reducirse en este ambiente a consecuencia del alto nivel de especialización exigida) son menores. Las posibilidades de éxito para el depredador crecen conforme aumenta la potencia del veneno, y con ello las de supervivencia.

Los animales venenosos son propios de hábitat áridos, de acuerdo, y sus venenos son potencialmente peligrosos como consecuencia de las condiciones ambientales que han condicionado su proceso de evolución. La pregunta, sin embargo, era otra: ¿por qué viven tan cerca del hombre?

Y la respuesta no es otra que la extraordinaria capacidad del ser humano para degradar cuanto le rodea. El hombre desertiza el medio que coloniza: arranca, ahuyenta o destruye su riqueza biológica, quiebra equilibrios y, en definitiva, corrompe el medio empobreciéndolo. Este proceso es, como ya he dicho, lo que suele denominarse, degradación del



Alex y Denis quitándose el barro.

medio. Y está claro que desde el punto de vista de los animales, degradar el hábitat consiste en endurecer sus condiciones naturales, asemejándolo a ese otro ecosistema -éste sí, natural- que es el desierto. Pérdida de la cobertura vegetal, endurecimiento de las condiciones ambientales, reducción de la fauna, etc., son factores que, por causas bien diferentes, son coincidentes en un desierto y en el extrarradio de una ciudad mediterránea. No toda la fauna desértica o semidesértica lo entiende así, por supuesto. Existen otros elementos, fuerzas o, en la mayoría de los casos, interdependencias que obligan al éxodo o condenan a la desaparición. Una planta puede soportar un sustrato árido o pobre hasta un cierto nivel o umbral a partir del cual, muere. Su fauna asociada seguirá el mismo camino y, por supuesto, los depredadores más o menos especializados que éstos tengan. Ahora bien, si los depredadores no son muy selectivos y las condiciones generales se mantienen, no tiene por qué afectarles el cambio de situación aún cuando los factores que definan el tipo de hábitat sean otros. Dicho de otro modo: que la escasa cobertura vegetal de una zona esté motivada por la pobreza mineral del sustrato o por efecto de la degradación antropófila, no tiene por qué afectar al comportamiento de una especie cuyo requisito vital consista en que la cobertura vegetal de la zona habitada sea escasa (siempre que no le afecte negativamente esa "degradación" por otros motivos: contaminación, etc.). Los arácnidos presentan pocos endemismos en general. No suelen depender de presas concretas y aunque cada especie tiene unas preferencias en cuanto a hábitat, éstas no parecen ser muy amplias. Los quilópodos citados tampoco son depredadores selectivos, su abanico de presas es considerable.

Hemos cambiado un medio que era "duro" desde el punto de vista biológico (el mediterráneo lo es en muchos aspectos y algunas zonas nada tienen que envidiar a los desiertos más conocidos) por otro igualmente "duro", que mantiene en muchos aspectos

coincidencias importantes. A algunos de sus habitantes, especialmente depredadores poco selectivos en cuanto a presas y hábitat, no parece importarles. Desgraciadamente (para nosotros), la entomofauna más peligrosa de nuestro país forma parte de ese grupo sedentario. Por pura casualidad, sin mala intención (¿la tiene alguna vez la Naturaleza?)]

* * *

Así que, respondiendo a la pregunta de Alex, aquélla que decía ¿y por qué hay tantos animales peligrosos cerca de donde vivimos?, sólo pude contestarle:

-Porque nos lo merecemos, hijo.

Camisetas Quebrantahuesos Diseñadas y serigrafiadas en Aragón.

Algodón de primera calidad, libre de cloro.
Tallas media (M), grande (L) y super (XL)
Dibujo color

Precio: 1.500 pta. + gtos. envío.
(Asociaciones 1.200 + gastos)

Pedidos: **ProNaturA Aragón**
Tef.: (976) 753761

Pronatura es un colectivo de personas comprometidas con la defensa del medio ambiente. Con la impresión de esta camiseta pretendemos contribuir a la conservación del quebrantahuesos, difundiendo su imagen y problemática situación y destinando parte del importe del precio directamente a campañas de protección de la especie.